

## PUBLICACIÓN QUINCENAL ILUSTRADA

Año I.

Viernes 15 de Noviembre de 1889

Número XV

Este periódico se publica dos veces al mes.

ADMINISTRACIÓN

**MENOR HERMANOS**

Comercio, 57, y Sillería, 15

Director propietario, D. José María Ovejero

Director artístico, D. Federico Latorre

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	TRIMESTRE.
En toda España. . . . . Pesetas.	2,50
Extranjero (países convenidos)	3
Ultramar (oro). . . . .	5

No se admiten suscripciones por más de un trimestre.

### SUMARIO

TEXTO.—La Mujer de Toledo, por Abdón de Paz, (conclusión).—La Fábrica de armas blancas de Toledo, por Hilario González, (conclusión).—Alonso Berruguete, por Fernando Araujo (conclusión).—Norte y Sur (poesía) por Ricardo G. de Vinuesa.—A mi querido amigo Federico Latorre y Rodrigo (poesía) por X.—Noticias.  
 GRAHADOS.—Medallón-bandeja regalado por el cuerpo de Artillería á D. Emilio Castelar.—Tapa superior del álbum dedicado al Excmo. Sr. General de Artillería Don Pedro de la Llave.

## LA MUJER DE TOLEDO

POR  
 ABDÓN DE PAZ

(Conclusión)  
 IV

LA LABRADORA

No busqueis en su rostro la delicadeza de líneas, ni en su cuerpo la morbidez de formas, ni en su trato la finura de modales, que distinguen á la señora de las grandes poblaciones. Su frente se halla atezada por el aire y el sol de la aldea. Su elegancia en el vestir y su esbeltez en el andar hanse perdido en la prosa de sus faenas cotidianas. Y la discreción de sus conceptos y la pureza de su lenguaje hanse mellado en la rudeza de la gente, con quien brega de continuo.

Laboriosa hasta lo increíble, se levanta antes que nadie al rayar el alba; arregla el *avío* á mozos y pastores; despide á su marido, cuya vigilancia hace falta en la hacienda; fija su principal aseo en la cocina, primera habitación de la casa, jalbegando el fogón cada cuatro días y

limpiando la espetera cada ocho; riega, barre, cose; no decausa momento ni deja descansar á las criadas; vende al por menor aceite, vino, cereales; anda sucia de harina durante la cochura del pan, de pringue durante la molienda de la aceituna, de polvo durante el acarreo de los granos, de mosto durante la vendimia, y de grasa durante la matanza; y en esta vida de incesante molestia, comprendiendo la valía del trabajo, regaña por una fruslería y se pelea por un céntimo.

No quiere esto decir que mate de hambre al huésped que atraviesa los umbrales de su morada. Tan económica para con los de adentro, principiando por ella misma, como obsequiosa para con los de afuera, uniendo á la laboriosidad la previsión, y á la previsión no poca parte de amor propio, suele repetirles, cuando llega el caso, con la esposa de García del Castañar:

Queso, arrope y aceitunas,  
 y blanco pan les prometo,  
 que amasamos yo y Teresa:  
 que pan blanco y limpia mesa  
 abren las ganas á un muerto.  
 También hay de las tempranas  
 uvas de un majuelo mío,  
 y en blanca miel de rocío  
 berenjenas toledanas;  
 perdices en escabeche,  
 y de un jabalí, aunque fea,  
 una cabeza en jalea,  
 porque toda se aproveche;  
 cocido en vino un jamón,  
 y un chorizo que provoque  
 á que con el vino aloque  
 hagan todos la razón;  
 dos anades, y cecinas  
 cuantas los montes ofrecen,

cuyas hebras me parecen  
 deshojadas clavellinas,  
 que, cuando vienen á estar  
 cada una de por sí,  
 como seda carmesí  
 se pueden al torno hilar.

Pero ni el número, ni lo improbable de sus faenas, enervan la febril actividad de nuestra labradora.

Teniéndose por descendiente del rey Wamba, aspira, como por juro de heredad, á ser hermana mayor de todas las cofradías y *alcaldesa* de todas las situaciones concejiles. Potencia electoral de primer orden, enseña, venga ó no á cuento, las cartas de cajón que al efecto le dirige el futuro padre de la patria. Recibe tertulia desde el toque de oraciones al de ánimas, en invierno en la cocina, y en verano en el patio ó á la puerta de la casa. Obsequia á sus amigos la noche de Todos los Santos con puches y chicharrones, y el día de su Santo con rosoli y bollitos. Murmura con ellos del resto de la humanidad, para murmurar después con el resto de la humanidad acerca de ellos. Y goza de que unos y otros le hagan la corte. ¡Pobre del que, rebelde, concite sus iras! Conceptuándose con influencia poderosa, lo mismo en la oposición que en el mando, levantará contra él bandera negra. Si el caído en desgracia es comerciante, hará en distinta tienda sus compras; si médico, llamará á otro que le asista en sus dolencias; si farmacéutico enviará á cualquiera botica de la capital ó de lugar vecino por los medicamentos; si profesor de instrucción primaria, ins-

cribirá á sus niños en diferente escuela, y si cura, moverá contra él un tumulto; sin perjuicio de conspirar para que todos sean expulsados de los que ella considera sus dominios.

## V

## LA CAMPESINA

La labradora vive en buena casa, que la libra del frío en invierno y del calor en verano; la campesina vive de día en el campo bajo el rigor de las estaciones, durmiendo de noche en miserable jergón bajo la techumbre de rústico tugurio. La una goza de consideraciones sociales; la otra goza únicamente del favor de Dios, que, como el sol, derrama su luz sobre ricos y pobres.

Antigua criada de la capital, escuchó, una vez que fué al pueblo, á cierta vieja que le propuso el casamiento con un jornalero de allí, y á los pocos meses se unió á él ante las bendiciones del párroco.

Algunos años después sólo le queda de su antigua historia el recuerdo del lustre que adquirió en la Ciudad imperial, del gusto en el vestir que aprendió de su señora, y de las travesuras á que se entregó por los llanos del Cristo de la Vega ó por las cumbres de los Cigarrales. A la poesía de tales recuerdos sucedió la prosa de un marido inculto, en no pocas ocasiones beodo, que la apalea de cuándo en cuándo, y de tres ó cuatro hijos, sucios, desarrapados, que le demandan pan á modo de energúmenos.

Mártir de su deber, todo lo sufre con paciencia. Verdadera hormiga del hogar, á él acarrea, según las estaciones, espárragos y criadillas (trufas), paja para escobas finas y rabanillo para escobas bastas, plantas medicinales, como grama, amapola, flor de malva, manzanilla, y sanguinaria, cereales y semillas, almendra y uva, leña y aceituna, que consume ó vende; cria su cerdo, á costa de mil fatigas, con desperdicios propios y ajenos; conserva media docena de gallinas, sustentadas la mayor parte del tiempo en las calles, para matarlas en los días subsiguientes al parto; barre, guisa, friega; cose de nuevo, remienda de viejo; lava la ropa de su familia, y por corto estipendio la de otras; y por cuidar de los demás descuida tanto su persona que, si cuando volvié soltera de la capital no fué conocida en el pueblo ni de su propia madre, no es conocida ahora ni de su antigua ama cuando tiene que hacer algún viaje al campo de batalla de sus pasados triunfos.

De tal modo se apega el desembarazo de su casa, á la rudeza de sus quehaceres y á la limpieza de su aldea, desde cuyas anchuras divisa la inmensidad del infinito, que, apenas llegada á Toledo, se asfixia dentro de sus muros, y, deseosa de abandonarla, ve en ella con el campesino del siglo XIV:

De casas un burujón  
y mucha gente holgazana;  
y en calles buenas y ruines  
la basura á celemines  
y el cielo por cerbatana.

Si hay algún período feliz en esta época de su vida, es aquel de dos ó tres meses de verano, en que su marido va á la *limpia* á tierra de Madrid. Libre de

los malos tratos conyugales y del despilfarro de sus ahorros en la taberna, se pule un tanto en el vestir, y hasta se olvida de regañar con las vecinas.

Expresión de nuestro antiguo carácter, muéstrase compasiva y justiciera. Inclineda con heroica abnegación en pro del desvalido, recuerda á los que despreciaron el furor de D. Pedro *el Cruel* por defender á D.<sup>a</sup> Blanca. Rebelde con gritador entusiasmo á todo yugo ominoso, recuerda á los que se alzaron contra la privanza de los Ayalas y los Silvas.

Y es que, descendiente de los piadosos voluntarios que en el siglo XIII, bendecidos por Inocencio III y guiados por Alfonso VIII, conquistaron la gloria de las Navas en las quebraduras de Sierra-Morena, ó de los indómitos comuneros que en el siglo XVI, bendecidos por el pueblo y guiados por Juan de Padilla, derramaron su sangre en las llanuras de Valladolid; sintetiza como nadie el ideal cótico-democrático, á la advocación de aquella Santa Virgen de Nazareth, que, transfigurada por gracia inefable, anunció la ruina de los soberbios y la exaltación de los humildes.

## VI

## LA FUNCIÓN DE MI PUEBLO

Rara es la población de España que no celebra con inusitada brillantez el 8 de Setiembre, día de la Natividad de Nuestra Señora. Y más rara si dicha población corresponde á nuestra provincia, cuyos habitantes recuerdan la tradicional aparición de la Madre de Dios á San Ildefonso la noche del 18 de Diciembre del año 666 y la fe con que invocaron siempre á María las santas toledanas Leocadia, Obdulia, Marciana y Casilda.

La tierra, agostada por los calores del estío, comienza á refrescarse con las primeras lluvias del otoño, de la estación más apacible del año. Concluida la recolección, labradores y campesinos obtienen la principal recompensa de sus afanes, quiénes llenando sus graneros con el dorado fruto de la tierra, quiénes llenando sus bolsas con el honrado fruto del trabajo. Los prados vuelven á ostentar su lozanía y los árboles su verdura. Y en este renacimiento de la Naturaleza, el hombre siente algo que le impulsa á dar gracias al cielo, que de tal modo le protege en su peregrinación por el desierto de la vida. No sin motivo celebraba el antiguo Israel en dicha época la tercera y última de sus grandes festividades, la de la Recolección de los frutos, ó sea la de los Tabernáculos.

Siguiendo tan religiosa costumbre, el pueblo de Polán, uno de los que se extienden en los contornos del Castañar, tres leguas al Sudoeste de Toledo, en lindo valle cubierto de olivares y viñedos al pie de un monte y una sierra desde cuyas alturas se divisan las cordilleras que cruzan al Norte, Centro y Sur de la provincia, con su vetusto castillo de la Edad Media, con su risueño Ventosilla, sitio real de Isabel *la Católica*, y su elegante iglesia, costeada á fines del siglo XVIII por el cardenal Lorenzana; celebra en semejante día su fiesta á Nuestra Señora, bajo la advocación de la *Salud*, con el esplendor que permiten los recursos

de la cofradía, la más popular de todas; circunstancia que le atrae concurrencia inmensa de los alrededores, incluso la capital, ofreciéndose la seda y el percal en democrático consorcio.

En la madrugada del día anterior, la plaza de Polán se convierte en alegre mercado, donde los montones de sandías alternan con los de melones, y los puestos de torrados y avellanas con los de infinidad de confituras, todo envuelto en el negruzco humo que despiden la caldera del buñolero.

A las once de la mañana el redoblante pasea tambor batiente la carrera, concluyendo de preparar los ánimos. A las tres de la tarde anuncian vísperas las campanas, nuevos redobles del tambor, y el estruendo de bombo y platillos, al ser con acompañamiento de sinnúmero de muchachos, traídos y llevados el párroco y los hermanos de la junta de gobierno. Al anoecer, y mientras el polvorista dispone sus habilidades, las campanas desde arriba, y el redoblante desde abajo, tornan á llamar á la iglesia á los músicos, cura y cofrades designados para cantar la *Salve* á la Virgen. Y á las nueve, toque de ánimas, repique general, luminaria, música, cohetes, árboles de pólvora y coplillas en el templo.

Pero cuando los festejos llegan á su apogeo es á las diez de la mañana siguiente, en que comienza la misa solemne á los acordes lanzados desde el coro por el órgano, alternando con los de los cantantes y los de la orquesta. Apenas el recinto sagrado da cabida á tantos fieles. Ramas de cantueso, romero y matorraños cubren su suelo, embalsamando el ambiente; colgaduras de damasco encarnado decoran sus arcos y columnas, deleitando la vista; canarios y jilgueros, ocultos entre las flores de los altares, llenan de melodías el espacio, y ascuas de oro parecen las arañas pendientes del techo, según el número y brillantez de sus luces de blanca cera. Bajo la nave principal se muestran en dos hileras de bancos los hermanos, reunidos en la forma que la víspera, frente al púlpito, desde el cual derrama el predicador los raudales de su oratoria, se sienta en banco especial la justicia, y bajo la nave inmediata hállanse los niños de la escuela pública, como si tratasen de perfumar el místico culto con el aroma de su inocencia.

Pasemos por alto la salida musical de los hermanos con el cura, después de concluida la misa, á las doce y media ó la una. Nada digamos de los primores que durante el trayecto luce en la plaza el abanderado. Omitamos la descripción de completas, cantadas, como las vísperas, á las cuatro de la tarde, y del refresco subsiguiente que toma la cofradía, por lo general en casa del tesorero. Vengamos al instante en que el ruido de las campanas y los ecos de la marcha real anuncian la salida de la Virgen, ante la cual poco después comienza el ofrecimiento.

La sagrada imagen, asentada en su carroza á la entrada de la plazoleta de la iglesia, ostenta sus alhajas más ricas como sonriente de gozo ante los objetos que por entre los bancos de la cofradía le presentan los fieles. Cogidos de las ma-

nos y subidos unos en hombros de otros, forman entre tanto robustos zagales castillos ingeniosos. Y á la vez agólpase el público, ávido de adquirir á subido precio las ofrendas, cuya rifa anuncia á pregón un hermano.

Acabado el ofertorio, continúa entre dos luces la procesión, abriendo paso la manga de la parroquia y los niños de la escuela; va en pos con su estandarte el hermano mayor, acompañado del tesoro y del secretario, cada cual con su centro; en dos largas filas muéstranse después los cofrades con velas encendidas; aparece luego la Santísima Virgen, custodiada por alabardas y bastones; detrás marcha el clero; y cierra el ayuntamiento, seguido de numeroso público, en particular de mujeres, hasta que á las nueve ó diez de la noche la procesión regresa al templo, á cuya entrada se subastan los llamados oficios de la soldadesca del año venidero, y en cuyo interior se canta la Salve de despedida del presente.

La función ha terminado entre los vivos; pero queda un recuerdo á los muertos.

Después de la subasta que de las ofrendas no vendidas el día anterior se hace en la Plaza al rayar el alba del siguiente, se canta á las ocho de la mañana misa de difuntos por los compañeros de hermandad que arrebató la muerte; y por la tarde, á no haber corrida de toros, se corre el gallo en una de las eras del pueblo, con tostones y vino, y jota y seguidillas, que bailan en fraternal unión señoras y criadas, labradoras y campesinas, al compás de la música de aire, ó de guitarras y bandurrias, y al son de las morunas castañuelas: zambra interrumpida por el toque de la oración, que llama á todos á descansar para disponerse después á sus acostumbradas faenas.

¡Felices las madres que enseñan á sus hijos á cuidar de los intereses materiales, sin olvidarse de la religión! ¡Felices los pueblos que trabajan y rezan!

### CONCLUSIÓN

Tiene fama la mujer de Toledo de muy religiosa. Si por tal se entiende la que practica el Catolicismo con sinceridad y desea su triunfo con dulzura, mis paisanas deben orgullecerse del dictado. Pero si entre ellas hubiese alguna que practicara el Catolicismo con hipocresía y deseara su triunfo con ira, mis paisanas, de suyo discretas, deben disuadirla de su intento.

El que nuestra época no sea del todo buena, el que cuidemos de mejorarla, preparando el camino á lo porvenir, no significa que fuesen mejores las antiguas hasta el punto de luchar por su vuelta.

Aunque hoy abunde la ingratitud, también Lope escribía en *El perro del hortelano*:

Cuando está en alto lugar  
un hombre...  
¡qué le vienen de visitas  
á molestar y á enfadar!  
Pero si mudó de estado,  
como es la fortuna incierta,  
todos huyen de su puerta  
como si fuese apestado.

Aunque hoy envuelvan peligros las intrigas cortesanas, también Tirso escribía en *La prudencia en la mujer*:

Cuando hagais algún concierto  
en Palacio, es bien callar,  
no os oigan; pues vino á dar  
Dios, que os enseña á vivir,  
dos oídos para oír,  
y una lengua para hablar.

Aunque hoy la fuerza se imponga á veces á la ley en nuestras contiendas civiles, también Calderón escribía en *La vida es sueño*:

En batallas tales,  
los que vencen son leales,  
los vencidos son traidores.

Nuestros tiempos, á pesar de su carácter de apasionada transición, llevan á los antiguos la ventaja del descaro de la publicidad, que ha sucedido á la hipocresía del sigilo. Lo cual me parece un adelanto, por aquello de que la confesión de la culpa es la mitad del arrepentimiento.

Usemos de esta publicidad para ensalzar lo bueno y combatir lo malo. Y lo bueno es la Religión; lo malo unir su suerte á la de cierta bandería política.

Defendamos principalmente el Catolicismo con el fuego de la palabra, con el hierro del ejemplo, y tendremos derecho á protestar contra el que, faltando á sus principios, persiga á nuestros sacerdotes ó derribe nuestras iglesias. Busquemos la armonía entre la fe y la razón. Y congratulémonos de que en nuestra ayuda venga la mujer, y en particular la mujer toledana, que une el espíritu de Santa Leocadia al espíritu de María de Pachecho.

Hubo un día en que del choque de una civilización culta y decrepita, como la romana, con otra ruda y fuerte, como la goda, brotó el caos, en cuyas sombras la hija de la Edad Media, á pesar del Evangelio, vivió servilmente apegada al terruño ó señorialmente encerrada en su castillo. Hubo otro día en que del choque de la Razón, impulsada por la soberbia, con la Revelación, que es la Verdad Eterna y Absoluta, brotó también el caos, porque si de la discusión nace la luz también nace el humo. Pero el humo se va desvaneciendo; la luz va inundando los espacios, y la mujer contemporánea, que, señora ó criada, labradora ó campesina, goza de los encantos de la familia é invoca los fueros de la sociedad, tiende á su completa rehabilitación, inspirándose dignamente en el cielo.

Impulsémosla en la trascendentalísima empresa de combatir el descreimiento con su fe y el egoísmo con su caridad, seguros de que la mujer rehabilitada concluirá por rehabilitar al hombre. Si Eva nos perdió en el paraíso del mundo antiguo, María nos salvará en el infierno del mundo moderno.

(De *Las Mujeres españolas, portuguesas y americanas*.)

## La Fábrica de Armas blancas de Toledo

(Conclusión)

Lo que pudiera ser nuestra Fábrica en lo sucesivo

**H**ASTA aquí hemos expuesto lo que ha sido y lo que es en la actualidad la Fábrica de armas blancas de Toledo; réstanos ahora decir algo acerca de lo que debiera ser en adelante.

Varios fueron los proyectos que en época no muy lejana acariciaron y estudiaron con ardor los muy entendidos jefes y oficiales de este ya renombrado Cuerpo, á fin de aumentar sus productos é importancia. Era el primero el de organizar un taller para la construcción de espoletas ó para la de otros artefactos análogos que fuesen más útiles ó convenientes al ejército.

Reduciábase el segundo á plantear la fabricación de instrumentos quirúrgicos de toda especie para dotar á los Cuerpos de mar y tierra de las cajas de sanidad, que hoy sólo se adquieren á gran precio fuera de España. Este acertado pensamiento fué aprobado por el Gobierno, el cual dispuso se facilitasen los recursos al efecto necesarios. Para que sirviese de modelo, la Dirección de Sanidad militar remitió una de sus mejores cajas, siendo el resultado brillante, como era de esperar.

El tercero fué el de preparar ó construir en el mismo Establecimiento la plancha de latón, contando con que las obras hidráulicas en ejecución por entonces, las máquinas motoras encargadas y la reforma de las antiguas hubiesen dado una fuerza dinámica de sesenta á setenta caballos. Esto hubiera facilitado en gran manera la confección de cartuchos, produciendo, á la vez, una extraordinaria economía de tiempo y de precio. Tales proyectos, que estuvieron á punto de realizarse, y lo que llevamos indicado acerca de la calidad y del número de armas y cartuchos que este Centro militar produce, hubieran elevado la Fábrica de armas de Toledo al rango de uno de los Establecimientos de primer orden entre los de su clase.

¿Por qué en nuestros días no surge la idea de renovar estos proyectos, que indudablemente habrían de reportar inmensos beneficios á esta ciudad?

Si no llegaron á realizarse los deseos del inolvidable Jefe de artillería Don Juan López Pinto, (1) cuya muerte prematura privó á la Fábrica de Toledo de un risueño y seguro porvenir, y fueron inútiles todos los esfuerzos empleados continuamente por todos los Directores, ¿no es de lamentar que el Excmo. Ayuntamiento actual, como todos los que le han precedido, dignamente secundados por las autoridades y por la Excmo. Diputación, y apoyados por la influencia de tantos hombres eminentes en la polí-

(1) Nos permitimos citar nombres propios sin temor de incurrir en esa inconsecuencia, que fuera hasta cierto punto depresiva para el Cuerpo de Artillería, y muy sensible para los Jefes y Oficiales encargados de la dirección del Establecimiento, porque sabemos que en esa brillante corporación, la instrucción y la nobleza de carácter están tan bien cimentados, que hablar de un Oficial es hablar de todos. Buen testimonio dan de lo primero la magnífica fundición de Trubia, digna de una gran nación, donde se funden cañones, que en detenidas pruebas comparativas vencen á los fabricados en Inglaterra y Alemania; la de Sevilla, donde también se funden cañones de bronce, superiores en todo tiempo á cuanto se ha hecho en el extranjero; y las fábricas de pólvora, las de fusiles y cuantos establecimientos industriales se encuentran bajo su inmediata dirección. Por eso, y teniendo en cuenta que los hombres se suceden unos á otros sin que la marcha progresiva de aquéllos se detenga un punto, al decir, gloria á tal ó cual Jefe ú Oficial, es como si dijéramos, gloria al Cuerpo de Artillería.

tica como han figurado y continúan figurando en esta provincia (1) no den robustez y firmeza á los antiguos cimientos de la Fábrica, apoyando aquellos proyectos ó creando otros nuevos para su mayor prosperidad y grandeza?

Una vez más la experiencia viene á demostrarnos que las grandes mejoras materiales y morales que la vida moderna exige, y los adelantos que la civilización actual imperiosamente demandan, no pueden llevarse á efecto en la mayor parte de las poblaciones de alguna importancia por la funesta política de exclu-

los vecinos de esta capital se pusieran unidos y con decisión al servicio de los intereses de la localidad, intereses, que son igualmente los de la patria común; si unieran también en su obsequio todos sus medios, su acción y sus recursos, ¿cuántos beneficios no podrían dispensar á esta imperial ciudad en que tienen su residencia y propiedades?

Affigese el ánimo y llénase el corazón de dolor al notar tanto poder inútil, tales fuerzas perdidas; al ver grandes talentos políticos inútiles, cuando tan inmensas ventajas había de alcanzar aquella del

Sometemos al mejor criterio de las personas competentes la acertada resolución de este problema, y de las dificultades bastante complejas, que no son para nosotros desconocidas, y á que daría lugar. Entre tanto, dejaremos aquí consignado, sin la pretensión de estar en lo cierto, nuestro modesto juicio de que *la construcción de máquinas no muy complicadas para diferentes usos, la de herramientas para diversas artes ú oficios, y la confección de objetos é instrumentos para la industria ó para la agricultura, podrían aumentar en lo sucesivo los pro-*



Medallón-bandeja regalado por el cuerpo de Artillería á D. Emilio Castelar

sivismo y de repulsión á que todos los hombres rinden culto.

Si el talento, el valer é influjo de todos

(1) Pocas provincias de España contarán en todas las situaciones políticas tantos hombres que ocupen los primeros puestos en la gobernación del Estado, como la de Toledo. En la actual, si no recordamos mal, figuran:

Excmo. Sr. D. Venancio González, Ministro de Hacienda.

Excmo. Sr. Conde de Xiquena, Ministro de Fomento.

Excmo. Sr. D. Manuel Benayas, Subsecretario de Gobernación.

Excmo. Sr. D. Angel Mansi, Director general de Comunicaciones.

concurso é influencia de hombres tan ilustres.

Ahora bien, y hablando como legos y por nuestra propia cuenta, ¿no podría darse hoy otra especie de alimento á nuestra Fábrica que la confección de armas ó elementos de destrucción y de muerte? ¿No podrían convertirse sus talleres en centros de algunas industrias más importantes y beneficiosas? ¿No tendrán sus excelentes maestros é inteligentes oficiales bastante aptitud para ejecutar y ofrecer al Gobierno y al público otras obras útiles y de grande interés para la riqueza y propiedad del país? Creemos que sí.

*ductos de nuestra Fábrica, sin dejar por eso de llenar los demás servicios que hoy llena, con arreglo á las necesidades más indispensables de la Milicia.*

Por desgracia se pasará mucho tiempo sin que las naciones continentales puedan disminuir en grande escala los ejércitos permanentes, ni rebajar las elevadas cifras de sus considerables y gravosos presupuestos. Debilitado el principio de autoridad y rotos ó desconocidos por todas las clases los diques del deber, son aquellos hoy por hoy una sensible é imperiosa necesidad para conservar el orden, la tranquilidad y el dominio de la ley y de la justicia en todos los Estados.

Más aunque lográramos días tan venturosos, en que no fuera indispensable la fuerza pública, no convendría tampoco que desapareciera la industria armera toledana, ni descendiera de la altura á que justamente la ha elevado la fama(1).

(Conclusión)

**Premios obtenidos por los productos de la Fábrica en varias Exposiciones**

Con respecto á las obras de arte y á la bondad de sus espadas, sables, machetes y demás productos, sólo podemos añadir á lo que llevamos dicho, que en la Exposición de Viena de mil ochocientos setenta y tres, en aquel gran certamen internacional de todas las riquezas naturales y artísticas del mundo, las manufacturas de la Fábrica de Toledo, presentadas allí, causaron la admiración de propios y extraños, y merecieron de aquel respetable, sabio é independiente Jurado la medalla de oro. Obtuvieron también la de bronce en la de Londres en mil ochocientos sesenta y dos.

El mismo alto y distinguido premio les fué concedido en las Exposiciones que después tuvieron lugar en Madrid en mil ochocientos setenta y tres; en París en mil ochocientos setenta y ocho; en Barcelona en mil ochocientos ochenta, y en Bostón en mil ochocientos ochenta y cuatro.

Algunos de los objetos que figuraron en el expresado concurso internacional de Viena, producto de la referida industria armera toledana, fueron á enriquecer los museos extranjeros, quedando allí como eloquentes, aunque mudos, testimonios de nuestros adelantos y de la inteligencia y aptitud de nuestros artistas. Igual lugar ocuparon en la gran Exposición de Filadelfia otros productos de la Fábrica, contándose entre otras obras de un mérito nada común, el magnífico y riquísimo medallón-bandeja, que el Cuerpo de Artillería dedicó al eminente orador Sr. D. Emilio Castelar, en muestra de gratitud, por el decreto que expidió el gran estadista, siendo presidente de la República en mil ochocientos setenta y tres, para restablecer el citado Cuerpo; y la espada de honor destinada al que fué

Ministro de la Guerra, General Sr. Sánchez Bregua, que firmó el mismo decreto de reorganización de aquél.

Dicha bandeja, representada en uno de los grabados de este número, honra al arte español, y especialmente á la Fábrica de armas de Toledo. Aparece en el centro, en un precioso medallón, el retrato del ilustre orador, de notable parecido, y rodeado de esta sencilla dedicatoria: *A Don Emilio Castelar, el Cuerpo de Artillería*. Otros cuatro medallones encierran, como en marco de honor, el medallón principal. Representa el superior la memorable rendición de Bailén, según el magnífico lienzo del malogrado pintor señor Casado del Alisal; el inferior es copia de un popular grabado de Ametller, que recuerda la popular procesión

ral D. Pedro de la Llave, en el año mil ochocientos ochenta y ocho, como señalada prueba de aprecio, y en consideración á los especiales merecimientos contraídos por el mismo en circunstancias memorables para aquel Cuerpo. Esta obra notable, cuyo dibujo se debe al Capitán del Cuerpo D. Antonio Tavira, es digna de figurar entre los mejores de su género, especialmente por la acertada ejecución en el repujado y cincelado. Destácase en ella, en primer término, reclinado sobre un trofeo de armas, el escudo heráldico del General; en segundo lugar, aquellos aparatos de física, que mayor relación dicen con el estudio y construcción de las armas de fuego, y en último término el Alcázar de Segovia

Dignas son también de figurar en cualquier certamen aquellas obras que, ejecutadas en nuestra Fábrica en diferentes épocas, han merecido por su exquisito gusto é indudable mérito, los mayores elogios de los personajes á quienes fueron destinadas.

Recordamos, entre ellas, los sables de acero con hojas cinceladas y adornos de oro encargados por el Duque de Aosta, siendo Rey de España, y un cuchillo de monte cincelado y damasquinado, regalo hecho á S. M. Víctor Manuel; las espadas de honor, cinceladas, con adornos de oro y damasquinos, para S. M. el Rey D. Alfonso XII, y para el Príncipe de Gales; daga de acero repujada, con adornos damasquinados y un sable de Oficial de Marina con hoja calada y cincelada para S. M. el Rey de Portugal; sables cincelados, con calados y damasquinos con guarnición y hojas, encargo hecho por S. M. el Rey Don Alfonso XII para el Duque Nortanhtou; hojas de sable, modelo ruso, también caladas y cinceladas, por encargo del Príncipe Wlademiro; sables y gumías regalados al Emperador de Marruecos; colección de espadas para el Imperio del Japón; sables de honor regalados á los Generales de las

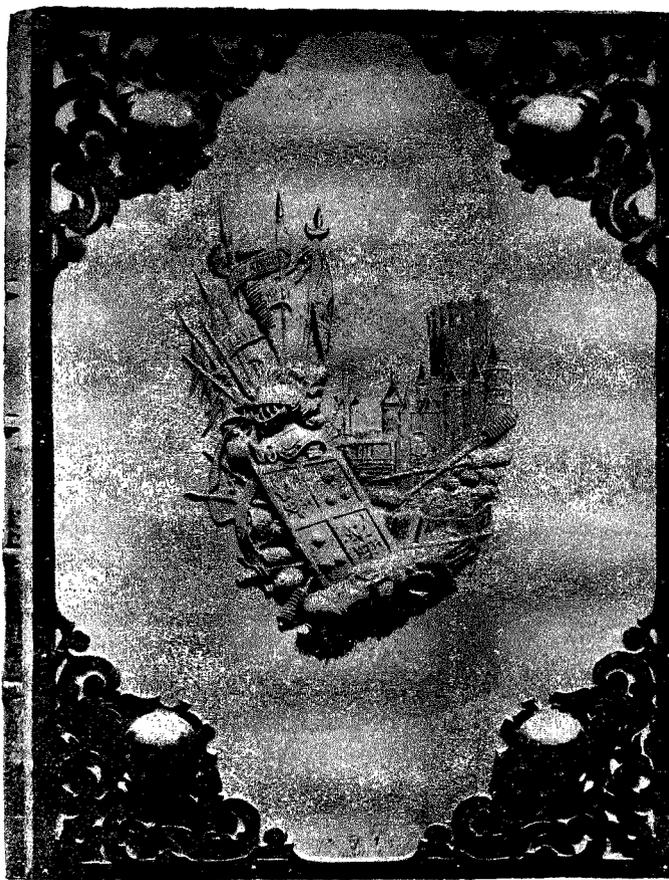
Repúblicas de la América del Sur; moharras, guardamanos y regatos, repujados y esmaltados, para banderas y estandartes de los Regimientos de María Cristina, Montesa y otros de Artillería, y de la Academia General Militar; y otras muchas obras cuyo número nos es imposible fijar.

HILARIO GONZÁLEZ.

**ALONSO BERRUGUETE**

(Conclusión)

Seis años después de haberse contratado para trabajar en Salamanca, presentó el insigne Alonso á la iglesia primada los diseños para la sillería del coro que le habían encargado, en



Tapa superior del álbum dedicado al Excmo. Sr. General de Artillería D. Pedro de Lallave

cívico-militar que se verificó en Madrid el dos de Mayo de mil ochocientos catorce, para depositar en la Iglesia de San Isidro los restos mortales de los héroes Daoiz y Velarde; el lateral de la derecha es una vista, perfectamente detallada, del Alcázar de Segovia; el lateral de la izquierda, en fin, es una vista de la Fábrica Nacional de armas de Trubia.

En el espacio que media entre los cinco medallones, y en los círculos concéntricos, que sirven de límites sucesivos á la bandeja, osténtase un precioso decorado del Renacimiento, en relieve, y con delicadísimas incrustaciones, resultando un conjunto verdaderamente artístico, que nada deja que desear.

Merece igualmente la atención de nuestros lectores el grabado que representa la tapa ó cubierta del álbum que el Cuerpo de Artillería regaló también al Gene-

(1) A fin de que pueda servir de perpetuo testimonio de gratitud y reconocimiento á los Maestros de la Fábrica por la solicitud con que se han dignado proporcionarnos algunos de los datos apuntados en nuestros artículos, queremos consignar á continuación sus nombres:

D. Julián Cabrera, Maestro examinador.—D. Francisco Sánchez, ídem del taller de grabados.—D. Adolfo Cuesta, ídem del taller de cincelado.—D. Baldomero Rodríguez, ídem del taller de forja.—D. Ignacio Patiño, ídem del taller de lima.—D. Faustino Ruano, ídem del taller de desbaste.—D. Martín Martín, ídem del taller de acicalado, D. Diego Sánchez y D. José Alvarez, Maestros maquinistas en la fábrica de cartuchos.—D. Joaquín Joanes, Maestro del taller de cascos.

competencia con *Diego de Siloe*, *Juan Pícaro*, vecino de Peñafiel, y *Felipe de Vigarny*, residente á la sazón en Burgos. Este último y Berruguete fueron los elegidos, y en consecuencia se obligaron en 1.º de Enero de 1539 á ejecutar 35 sillas cada uno, con más la del Arzobispo que había de trabajar Vigarny. Sólo esta última condición quedó sin cumplirse por haber sorprendido la muerte á Felipe, tocando en consecuencia la ejecución de la silla arzobispal, excepto la medalla del respaldo, obra de Gregorio de Vigarny, á Berruguete.

De éste es también la *Transfiguración del Señor* en mármol, de encima de la silla del Prelado, obra verdaderamente maestra, universalmente alabada, así como toda la sillería, artística joya de subidísimo valor en que Berruguete y Vigarny dejaron á porfía insigne testimonio de su sobresaliente mérito artístico en las estatuas, entalios y relieves, donde resaltan de consuno el buen gusto y el grandioso carácter de la escuela florentina, y una fecundidad y un ingenio y capricho para el ornato, como dice el autor del *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura empleados en España*, de que hay ciertamente pocos ejemplos. Para tasar la Transfiguración, hizo llamar el cabildo al maestro *Jerónimo*, vecino de Murcia, y al granadino *Pedro Machuca*, á quien pone Francisco de Holanda entre los artistas castellanos educados en Italia, de quien dice Juan Butrón que fué gran pintor y arquitecto, siguiendo la manera de Rafael de Urbino, á cuya opinión se acuestan Pacheco, Díaz del Valle y Palomino, y á quien se atribuye, en fin, la fuente del Marqués de Mondéjar en la Alhambra, adornada con multitud de bajo-relieves, de asuntos mitológicos é históricos, como el robo de Elena, Apolo y Dafne, Hércules matando la hidra y Alejandro á caballo; constandingo ser hijo de Luis Machuca, arquitecto de la Alhambra, según los documentos alegados por Ceán Bermúdez.

La última obra de las que á Berruguete se atribuyen, hallándose generalmente citada con elogio, es el sepulcro del Cardenal Tavera, sobrino del insigne dominico de Salamanca, Fr. Diego de Deza, á cuya protección debió Colón el apoyo de Isabel la Católica. Digno era ciertamente el ilustre Cardenal, Rector de la Universidad salmantina, Obispo de Ciudad Rodrigo, Inquisidor general, Arzobispo de Toledo y Gobernador de Castilla, de que el príncipe de los escultores españoles labrase el sepulcro que hubiese de encerrar sus restos. ¿Pero puede admitirse que el túmulo de D. Juan Pardo Tavera sea obra de Berruguete? «Há muchos años—decía Salazar de Mendoza en 1603—que se guarda (en el Hospital fundado por Tavera en Toledo) un sepulcro de mármol de Carrara, en la ribera de Génova, tierra del Marqués de Masa que acabó de labrar el año 1561 Alonso Berruguete, señor de la Ventosa, insigne escultor y pintor. Fué la postrera cosa que acabó y luego murió en el hospital en un aposento que cae debajo del reloj en dicho año de 1561.» La fecha de la muerte es exacta y concuerda con los documentos del archivo

del Hospital de San Juan Bautista, aducidos por Ceán Bermúdez, y según los cuales, desde el 17 de Mayo de 1561, hasta 2 de Octubre del propio año, se libraron, entre otras partidas, más de 5.000 ducados á Alonso Berruguete, el viejo, y Alonso Berruguete Pereda, su hijo, escultores, para la cama y bulto de mármol blanco que hacen del Cardenal Tavera, y en 13 de Setiembre del mismo año se libró más dinero á Berruguete, el viejo, por haber ido á Alcalá de Henares con *Nicolás de Vergara* á ver el sepulcro del Cardenal Cisneros, «por si estaban esculpidas en él ciertas historias», mientras que en 13 de Setiembre de 1562, en vez de nombrarse á Berruguete, se cita á su testamentario Hernán-González, arquitecto, á quien se le entregan 200 ducados por cuenta de la obra del sepulcro. De todo esto se desprende claramente que el sepulcro del Arzobispo fué efectivamente encargado á Berruguete, pero que no pudo ser todo obra suya, por haberle sorprendido la muerte cuando lo estaba ejecutando. Algo, sin embargo, existe en esta obra que sólo á Berruguete puede corresponder. La estatua yacente del eminente Cardenal, tanto como el dibujo ó proyecto del sepulcro. Compónese éste de cuadrado cuerpo asentado sobre un plinto, con los ángulos superiores guarnecidos por estatuas de las *virtudes teologales*, y los inferiores por cuatro águilas con las alas extendidas, que sostienen el mortuorio lecho; en el costado de la epístola vese al Apóstol Santiago, ya en traje de peregrino, ya como caudillo cristiano; en el opuesto, pasajes de la vida de San Juan Bautista; en el lado que mira al altar mayor, el *Descendimiento de la Virgen* para poner la casulla á San Idefonso y el escudo de armas de Tavera, y en el opuesto la Caridad. Nada de todo esto es obra del insigne Berruguete; ni las águilas, ni las virtudes, ni los medallones, ni los relieves; todo acusa con su falta de energía un artista de inferior talla, probable y casi seguramente el hijo del discípulo de Miguel Angel, heredero del nombre, mas no del genio y habilidad de su padre.

La estatua yacente, por el contrario, revela la mano del ya viejo Berruguete, que probablemente principiara por ella su obra. La cara de Tavera no es otra cosa que la mascarilla del Cardenal vaciada sobre su mismo rostro y traducida fielmente en el mármol; la majestad de la actitud, el característico plegado de los paños, los detalles todos de ejecución, denuncian al anciano, que con el mascarón que sirve de remate al báculo prelacial, se firmaba por última vez príncipe de los escultores castellanos.

La gran fama que á Berruguete conquistaron sus obras y estilo, hizo que de todas partes se lo disputasen á porfía para sus catedrales y palacios, cabildos y prelados, reyes y magnates.

Esta misma notoriedad de su nombre ha contribuido en gran manera á extrañar la crítica, que donde quiera se encuentra con obras erróneamente atribuidas á Berruguete, empeñándose el orgullo de localidad en sostener las tradiciones, dificultando las investigaciones y poniendo en grave aprieto al historiador del arte que, rodeado donde quiera de recuerdos

del hijo de Paredes, y comprendiendo la imposibilidad de que sea realmente suyo cuanto se dice serlo, por mucha que fuera su actividad, no acierta en ocasiones, falto de datos y antecedentes, á deslindar los campos, poniendo aparte lo que sin disputa pertenece al gran escultor de lo que le es equivocadamente adjudicado, «Siempre que aparece un nuevo estilo y se enseñorea por completo de un arte cualquiera—dice D. Gregorio Cruzada Villamil en sus artículos sobre D. Alonso Berruguete González, publicados en los dos primeros tomos de *El Arte en España*—y este movimiento del arte acontece en época de alguna ilustración, lleva unido á sí el nombre del artista que le motivó ó que en él tuvo la mayor parte. El nombre de este artista, más fácil de retener en la memoria del vulgo que la historia y condiciones del movimiento artístico á que va unido, llega á simbolizar el estilo mismo, y no ya por el vulgo, sino por personas algún tanto ilustradas, se atribuye al artista cuanto á su estilo pertenece. No hay obra del género conocido bajo el nombre de *churrigueresco* que no se atribuya á Churriguera, cuando en honor de la verdad D. José de Churriguera fué el menos *churrigueresco* de los *Churriguerras*. Todo cuadro de la escuela sevillana desde mediados del siglo XVI, que represente á la Santísima Virgen, ha de ser de Murillo. Cualquier santo pintado con gran fuerza de claro-oscuro, ha de atribuirse á Rivera. Todo fraile cartujo ha de ser de Zurbarán y no puede encontrarse retrato alguno de Felipe IV ó Carlos II que no sea de Velázquez ó Carreño.» Lo mismo sucede con el Señor de la Ventosa: todo adorno de mascaroncillos y bichas; toda estatua de aire grandioso; todo plegado resuelto por lo movido, aunque no confuso, natural, aunque estudiado profundamente; toda cabeza vigorosamente perfilada; todo desnudo de pronunciada aunque no exagerada musculatura, ha de ser forzosamente de Alonso Berruguete. Ya se comprende que esto no puede ser; y que si el vulgo afirma y jura y se irrita porque le arrebatan lo que como honra de su pueblo miraba, el inteligente, iluminado por la luz que le prestan documentos irrecusables ó sus estudios de crítica histórico-artística, tiene que fallar el pleito, en contra acaso de sus propios sentimientos, contra las afirmaciones vulgares apoyadas en vacilante base ó en el aire sólo cimentadas y desprovistas de fundamento.

Con razón el laborioso autor del *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España* comienza por descartar las obras erróneamente atribuidas por Ponz á Berruguete, para enumerar después ya desembarazado el terreno, las que juzga realmente suyas. Así adjudica á *Francisco de Villalpando* y *Ruy Díaz*, su hermano, las puertas de la fachada de los Leones; á *Gregorio Pardo* la cajonería de la antesala capitular de invierno; á *Juan Manzano* y *Toribio Rodríguez* la escultura de la puerta de la iglesia que da al claustro; á *Pedro Martínez Castañeda*, la medalla de la *Presentación de Nuestra Señora* y varios escudos; á *Juan Bautista*, las estatuas

de la *Fey* y la *Caridad*; á *Andrés Hernández*, los candelabros del remate, y, en fin, al maestro *Domingo de Céspedes* y á *Francisco de Villalpando* la reja del coro, y á este último también los púlpitos con excelentes bajo-relieves, en los compartimientos de los brocales, y figuras de sátiros en los remates: todo ello en la Catedral Primada, cuyos archivos suministraron al diligente investigador las pruebas de sus aserciones. A esta lista habría que añadir desde luego, las estatuas que Don Vicente de la Fuente asegura hizo para un retablo de la parroquia de San Martín de Salamanca, en el cual dice le ayudó el célebre Gregorio Hernández. (¿!)

Hecho esto, enumera Ceán Bermúdez las obras de Berruguete, no sin asentar antes cuerdamente que, aunque de la mayor parte se puede dudar que lo sean y sí de sus discípulos, con todo por no tener documentos que lo contradigan, las cuenta y dice: «Entre ellas se hallan, prescindiendo de las ya analizadas y citadas de paso: dos mancebos del Pilar del Toro, un grupo de figuras que representa la *Resurrección del Señor* en una urna de la sacristía de San Jerónimo y la estatua de *Cristo á la Columna* del altar de los Hospitalarios del Corpus Christi en Granada, rechazando los retablos mayores de los mínimos carmelitas calzados y monjas de Santa Isabel, que dice pudieron ejecutar sus discípulos ó Diego de Siloe y los suyos; dos sepulcros de la Capilla de Valvanera acabados en 1543, en San Martín de Madrid; un retablo en la sacristía de San Jerónimo en Valladolid; el suntuoso sepulcro con estatuas orantes de los Marqueses de Poza con tres cuerpos, jónico el primero con columnas sostenidas por ángeles, *evangelistas* en los intercolumnios y *virtudes* de bajo-relieve en los basamentos, jónico también el segundo con la *Asunción de la Virgen* y *Cristo á la Columna* en los nichos del medio, y *San Antonio* y *Santa Catalina* á los lados, y compuesto el tercero por un relieve de *Santo Domingo* en medio y el *Padre Eterno* por remate, todo enajado de caprichosos adornos, en Santo Domingo de Valladolid; la estatua de *San Juan Bautista* del altar mayor de la parroquia de Santoyo; el retablo mayor repartido en dos cuerpos con dos columnas el primero y cuatro el segundo, rematado por un crucifijo con dos ladrones á los lados, en la parroquia de Santa Eulalia de Paredes de Nava; el retablo mayor y el tabernáculo de tres cuerpos cada uno con excelentes relieves de la parroquia del Villar de Fallades; el retablo mayor de cinco cuerpos, llenos de labores y estatuas de santos con bajo-relieves de la vida de Jesucristo, en la colegiata de Medina del Campo, que parece trabajado por sus discípulos; los diseños de las galerías del patio del Colegio de Cuenca llenas de adornos de buen gusto, medallas, figuritas, bichas y otras menudencias en Salamanca; el retablo mayor del Monasterio de Jerónimos de la Mejorada; el altar de San Miguel con tres cuerpos, de la parroquia de Ventosa; una hoja de la puerta de la Sala capitular de la Catedral de Cuenca, que contiene un bajo-relieve con las figuras de *San Pedro* y *San Pablo* y encima una medalla que representa la Transfiguración, con adornos de ca-

bezas y otras lindas cosas; los excelentes adornos de mármol, capiteles, grupos, trofeos, cabezas, figuritas y bichas de la escalera y segundo patio del Palacio Arzobispal en Alcalá de Henares; y por último, las cabezas de los frontispicios de las ventanas de la fachada principal del Alcázar, el magnífico busto en mármol de Juanelo Turriano, la marmórea estatua de *San Ildefonso* de la puerta de Alcántara, la de *San Julián* de la de San Martín, la de *Santa Leocadia* de la de Cambrón y la de *San Eugenio* de la de Bisagra en la imperial Toledo.

¿Es humanamente posible que ningún escultor, por grande que sea la actividad que despliegue, por mucha que sea su facilidad para concebir y su destreza para ejecutar, por absoluto que sea el dominio que ejerza sobre el material, pueda realizar en sólo cuarenta años desde el 1520, en que regresó de Italia, hasta el 1561, en que le sorprendió la muerte en Toledo, ese número de fábricas, retablos y sillerías, patios y portadas, salas y sepulcros, casi todas ellas monumentales, que derraman el nombre de Berruguete por los ámbitos todos de la Península, en Huesca y en Granada, en Salamanca y en Toledo, en Palencia y en Valladolid, en Madrid y en Cuenca, en Zaragoza y en Alcalá? Y cuenta con que si el discípulo de Miguel Ángel era sobre todo escultor, no por eso había renegado de los pinceles, ni olvidado la arquitectura... No, no es posible adjudicar á Berruguete, ni á un solo hombre, llámese como se quiera, la lista de obras, formada por Ceán Bermúdez, ni aun purgada como se halla de los errores de Ponz. Pero sea de ello lo que quiera, que no es esta la ocasión de dilucidar cuestión tamaña, las obras que hemos estudiado como reconocidamente suyas, tanto como ese empeño mismo que los pueblos muestran en perpetuar las tradiciones que hacen á Berruguete autor de alguna de las mejores obras que poseen, bastan sin que precise ajenas galas ni alegue pocos probados derechos para afirmar sólidamente el pedestal en que inmortal se asienta la gloria del escultor castellano discípulo del Buonarroti.

Puede observarse en las obras de Berruguete, claramente expresado, el genuino carácter del arte español, aun enemigo de aquella exuberancia de formas florentinas importadas de la escuela de Miguel Ángel. Puede también apreciarse debidamente la metamorfosis sufrida por el ideal clásico al vaciarse en los moldes de la sociedad del Renacimiento. Dos grandes divisiones pueden hacerse primariamente de las obras escultóricas de todas las edades en atención al ideal de belleza en que se inspiran, ó al concepto que de la belleza se forman. Puede mirarse la belleza, efectivamente, ora bajo el punto de vista de su elemento matemático ó estático del *orden*, englobando en esta palabra todos sus afines susceptibles de más ó menos realzada expresión, ó puede mirársela bajo el punto de vista de su elemento libre ó dinámico de la *vida*, con los varios conceptos que les son anejos; de otro modo puede mirarse la belleza como cosa puramente *sensible* y como cualidad meramente *formal* y puede considerarse como cosa puramente *inteligible* y cualidad meramente *espiritual*. Pero estos dos

aspectos de la belleza no son, ni uno ni otro, la belleza misma: son fases parciales, modos de manifestación, elementos integrantes ambos de la belleza. En realidad no pueden darse separados sino en la inteligencia que los concibe y analiza; no hay obra de arte en que ambos no se manifiesten simultáneamente aunque con vario predominio; este predominio, absorbente en no pocas ocasiones, del uno ó del otro de los elementos que constituyen la noción de la belleza, es el que da origen á las dos grandes divisiones de que hemos hablado. Pero harto sabido es ya que el dualismo no puede ser la ley del arte, como no es la ley de la vida, ni de la historia, ni del hombre, ni del cosmos; si el dualismo se erigiese en ley y no hubiese por encima de las absorbentes aspiraciones de cada uno de ambos elementos, una regla superior que les diese unidad haciendo posible su coexistencia, no habría entre los hombres más que una lucha á muerte, alimentada por sus encontrados é irreconciliables ideales, ni el arte podría existir tampoco imposibilitado para armonizar la informe materia de donde hace brotar sus producciones con el rayo espiritual de su inspiración. Por encima, pues, del elemento puramente sensible y del puramente espiritual; por encima de la tendencia estática del elemento matemático y de la tendencia dinámica del elemento vital, existe un tercer elemento, el elemento armónico, que al dar unidad á los encontrados elementos que en sí contiene, suaviza su contacto, hace posible su coexistencia y con ella la belleza entera y verdadera generadora de la vida artística.

De las variadas combinaciones que pueden formarse con estos tres elementos integrantes de la noción de la belleza, nacen todas las diversas escuelas artísticas que se han disputado y se disputan el favor de la humanidad; escuelas que á veces nacen y se desarrollan con clara conciencia de sus fines y destino, pero que en otras muchas marchan á ciegas é instintivamente por el camino abierto á su paso. Sin que exista jamás separación absoluta entre la concepción dinámica y la estática, puede darse el predominio del elemento estático del orden y la regularidad, ó bien el del dinámico de la vida y la expresión, los puntos extremos de esta escala se encuentran, por una parte, en la escultura del Oriente, y por otra en la del período románico-ogival del cristianismo. En el Oriente la forma geométrica lo hace todo y se desdeña el elemento vital, casi absorbido y como ahogado por la simetría de las líneas; en el cristianismo, la expresión todo lo llena, y se descuida el elemento del orden, oculto y como velado tras la absorbente manifestación de la vida religiosa y mística; la escultura oriental y la cristiana se dan no obstante la mano, por el simbolismo de sus líneas y figuras. Término medio ó tentativas más ó menos fructuosas de armonía de los dos momentos artísticos antitéticos son, por una parte la escultura clásica greco-romana, y por otra la escultura moderna del Renacimiento. Con tener una y otra el mismo fin y coincidir en sus anhelos de equilibrio entre las dos opuestas tendencias, separa-

las, no obstante, considerable diferencia de origen, que informa desde un principio todas sus creaciones; hija la escultura clásica de Oriente, como era hijo el paganismo griego del panteísmo indio y egipcio, déjase avasallar por la influencia del ideal calológico del Oriente, y produce esas estatuas de heroes y de dioses que constituyen legítimo objeto de nuestra admiración, pero en las cuales, si bien se emancipa la expresión espiritual de la línea material de la forma sensible, y esta línea por tanto se espiritualiza y vivifica apartándose del rígido simbolismo egipcio, no por eso dejan de olvidarse los derechos de la expresión anímica, envueltos en cierta manera de vaga indeterminación; á hacer valer estos derechos viene la escultura moderna, que fuerza es confesarlo, hija del espiritualismo cristiano, no pocas veces obcecada por el anhelo de la revancha, olvida los derechos también sagrados del elemento sensible para consagrarse al cultivo exagerado del elemento vital, que al fin ha de lanzarla, por su exclusivismo, en lamentables extravíos que precipitarán su ruina.

Hé aquí lo que es palpable en Alonso Berruguete como hijo legítimo del Renacimiento español. Danse en él por una parte las influencias del clasicismo resucitado por el estudio del antiguo, y por otra las de la sociedad cristiana en que vivía, facilitale aquél líneas y contornos y suminístrale ésta asuntos y figuras; encuéntrase á la vez en un alma el elemento sensible, la indeterminación de la expresión y la corrección de la forma griega estudiada en la academia florentina, y el elemento espiritual, la vigorosa manifestación de la expresión escultórica y el soberano desprecio de la formal belleza bebidos en los pechos de su madre.

Entonces se opera en la mente de Berruguete la armoniosa fusión de la línea pagana con la cristiana vida, y prudentemente subordinada aquélla á ésta como lo está la materia al espíritu, la traduce en sepulcros y sillerías, estatuas y relieves. No podía sacrificar el espíritu á la materia porque era español, y como español, cristiano; tampoco podía sacrificar la materia al espíritu porque era discípulo de la escuela florentina, y como tal apasionado por la naturaleza y la belleza formal; armonizó ambas tendencias, y otorgó como era natural la preferencia al elemento cristiano sobre el pagano. Empujábanle á ello de consuno su sangre española, la sociedad que le rodeaba, las exigencias del público, y el gusto de sus compatriotas.

No se crea, sin embargo, que la armonía realizada por Berruguete fuese completa, ni que en sus obras se hallasen perfectamente equilibrados el ideal clásico y el cristiano. Desgraciadamente no es así: la armonía por Berruguete realizada es incompleta; es en algún caso verdadera armonía, pero en otros muchos es más bien amalgama de heterogéneos elementos. Es en esto Berruguete digno discípulo de Miguel Angel, que con todo su genio no supo ó no pudo elevarse á una concepción armónica de la belleza

en que ocupasen su legítimo puesto y se moviesen en su propia esfera la línea griega y la expresión cristiana. Júzguense, por ende, las dificultades de la empresa que los afiliados al Renacimiento intentaban. La acentuación de la musculatura es tributo pagado al realismo y exagerada consecuencia del reconocimiento de los derechos de la naturaleza; las caprichosas figuras empleadas como elemento de adorno por Berruguete, parto de extravagante imaginación, son sacrificio hecho en aras del elemento ideal exageradamente desenvuelto. Aparecen uno y otro exceso como desagravio artístico de la ofensa alternativamente inferida por ellos al verdadero ideal de la belleza; pero lejos de satisfacerse mutuamente se exacerba cada vez más su oposición y cuando, abandonados á más profanos intérpretes, se acentúan sus caracteres, envueltos en penosa lucha, llevarán rodando al arte, por el derrumbadero de las extravagancias, al abismo de su ruina.

No culpamos por esto á Berruguete, como no culpamos á sus eminentes contemporáneos de Italia y España. Harto hicieron, y harta gloria conquistaron con intentar la armonía del clasicismo y el cristianismo en sus obras, consiguiéndolo más de una vez, si no en el conjunto, en el detalle, casi por completo; era empresa esta superior á las fuerzas de una época, cuanto más de un hombre. Lo hemos sentido ya, y lo repetimos; decir arte es decir ideal, es decir educación, costumbres, religión, filosofía, todo, en fin, lo que constituye la cultura general de un pueblo, físico, moral, é intelectual. Pues bien; la cultura, la civilización de las sociedades del siglo XVI, que salen del feudalismo para caer en el despotismo, que sienten más bien que conocen sus derechos, y vacilan á cada momento entre el dogmatismo católico y la protesta luterana, entre la democracia que nace y el absolutismo que se impone, entre la naturaleza que reclama sus derechos y el espíritu que alega los suyos, entre Bacon y Descartes, entre Aristóteles y Platón, entre el principio de autoridad y el del libre examen; esa sociedad y esa civilización, ¿podían en modo alguno dar vida á una concepción armónica en el arte, ni en la ciencia, ni en la política, ni en la religión? Seguramente que no; llegarían á iniciar más ó menos acentuado movimiento en esa dirección, pero nada más: no las estaba reservado tan interesante papel por todas las edades anhelosamente apetecido y aun no logrado por ninguna, y Berruguete, con todo su innegable genio, tuvo que rendir parias al espíritu del siglo, fluctuando entre el ideal cristiano y el pagano, sin conseguirlos fundir en el crisol de su imaginación, como no lo consiguieron sus sucesores, ni siquiera sus más eminentes contemporáneos.

FERNANDO ARAUJO.

Toledo.



## NORTE Y SUR

La niña no rezaba,  
acaso sin querer se distraía,  
y pensaba..... pensaba,  
y era humana la imagen que veía:  
ella quería orar, pero era en vano;  
¡ay! ¡es tan débil el esfuerzo humano!

La imagen ideal trocóse en hombre:  
la niña oyó palabras celestiales,  
conceptos ideales,  
frases de amor mezcladas con su nombre.

Sonaron en su oído  
aquellos embelesos  
con la débil cadencia del quejido;  
y sus dulces murmullos  
parecían arrullos  
con palpitante vibración de besos.

Una vieja que oyó lo que decía,  
«¡qué impiedad, gran señor!», se repetía  
mientras dejaba el templo poco á poco.

Y entre tanto la hermosa  
murmuraba sonriente y ruborosa:  
«¡Dios mío ¡qué loco es!... ¡pero qué loco!»

Los sempiternos polos de este suelo:  
juventud y vejez, calor y hielo.

Toledo: Septiembre del 89.

RICARDO GARCÍA DE VINUESA.

A mi distinguido amigo

D. Federico Latorre y Rodrigo

Dicen hombres insignes, que la guerra  
con rapidez hacia el progreso impulsa,  
y es que nunca sintieron en el alma  
la horrible realidad fría y desnuda.

Inútil objeción y vano empeño  
querer hacerme ver que es muy laudable;  
yo he maldecido siempre ese progreso  
que hace brotar el llanto de las madres.

X.

## NOTICIAS

Hemos recibido en nuestra Redacción la visita con que nos ha honrado nuestro colega *El Tajo*. A su afectuoso saludo correspondemos con el nuestro, también cariñoso, y deseamos á la nueva publicación que el público la distinga con la atención que se merece por su índole y por sus trabajos.

Hoy no disponemos de espacio para ocuparnos, como pensamos hacerlo, de algunas mejoras que hemos observado en nuestra grandiosa Catedral, y por las que desde ahora felicitamos al cabildo y á nuestro buen amigo Sr. Sangüesa.

Nuestro distinguido amigo D. Leopoldo Rich, ha tenido la inmensa desgracia de perder á su simpática y virtuosa esposa.

Al asociarnos de todas veras á su profunda pesadumbre, le deseamos el acatamiento debido á designios providenciales, que su buen juicio le aconsejará sufrir con resignación y valor.